

MOISÉS EN EL SUBURBIO

Con paso torpe, lento, cansado, el abuelo se dirigió hacia la casa. Había estado recogiendo espárragos silvestres, como hacía por estas fechas. Hombre de campo, conocía numerosas plantas comestibles. Y en aquellos terrenos sin cultivar, descuidados esperando el alza especulativa de los precios, dada su proximidad a la gran urbe, surgían espontáneamente. Apoyado en su bastón, rústico y fuerte, se dispuso a cruzar el maloliente arroyo, de piedra en piedra, cuando observó una caja de madera que, como pequeño barquito encallado, flotaba detenido entre peñascos. Como persona que sabía encontrar utilidad a los más inverosímiles objetos, se dispuso a cogerlo. Su sorpresa fue tremenda cuando descubrió en él una criatura desnuda, que parecía recién nacida. Después de unos momentos de perplejidad, con mucho cuidado, sin moverla de la caja y con toda la celeridad que le permitían sus años, marchó a la chabola.

Aquel fue un día memorable y difícil. La familia se enzarzó en interminable discusión sobre lo que debía hacerse. El abuelo insistía en criar al niño y su yerno objetaba, no sin fundamento, que era una boca más, y la situación en que estaban no se distinguía por su prosperidad. Al fin prevaleció el criterio del anciano, que prometió entregar entera la pensión de jubilado y quitarse del tabaco, para disminuir los gastos.

El niño, pues, a quién impusieron el bíblico nombre de Moisés, por las circunstancias del hallazgo, se crió como uno más de los seis nietos. Era fuerte y parecía como si el aire enrarecido y contaminado del suburbio, los olores de la basura y despojos acumulados en lo alrededores, el agua pestilente del mísero

riachuelo, los fríos invernales que penetraban por las rendijas y grietas de las paredes de la vivienda, el calor agobiante que se desprendía del techo en el estío, estimularan su vitalidad.

Pasó el tiempo. Murió el abuelo. Creció el niño hasta convertirse en un hombre fuerte, ágil de músculos y de mente. Sus veintitantos años de vida se desarrollaron en aquella zona suburbial, conociendo sus problemas y sus gentes, ayudando a unos y a otros, querido de todos, apegado al buenazo del párroco, - inhábil y más bien corto de luces-, que acabó por no saber qué hacer, ni como actuar, si a su lado no estaba Moisés.

El joven, que poseía extraordinaria capacidad para aprender y una curiosidad insaciable, había adquirido una vasta cultura autodidacta, a base de lecturas y estudios incansables.

- Se te va a secar la mollera de tanto leer -le reñía muchas veces el cura; y, ante la sonrisa del muchacho, bajaba los ojos.

La verdad es que le tenía un poco de miedo. En ocasiones Moisés le planteaba algunos problemas, o le preguntaba sobre ciertas cosas que el pobre hombre no sabía contestar.

Moisés, cuya inquietud por la gente y sus problemas, conforme iba madurando, aumentaba, dió en cavilar sobre las causas de las situaciones de necesidad y sobre los medios de evitarlas. No le convencían ni las ideas de Marx ni, en el otro extremo, el paternalismo benéfico de las diversas religiones. Pensaba que algún medio distinto debía existir, para que la propia persona lograra superar las circunstancias adversas, incluso crecerse ante ellas.

- ¿Qué piensa Vd. de la fe? -preguntó un día al cura.

Don Tomás brincó en su sillón y tartamudeó:

- Pues, eso..., creer..., creer en lo que no se ve.

- Algo más debe ser -afirmó Moisés-; Tengo la certeza, contra toda razón, contra toda lógica, de que lo pretendido se consigue, de que lo imposible se hace realidad, si lo queremos con fuerza ciega.

- ¡Hombre, tanto como eso...! -balbuceó, tímidamente, el anciano.

Moisés estuvo un tiempo como distraído, alejado de todo, sumido en hondas cavilaciones. Don Tomás no se atrevía a interrogarle por temor a algunas de sus salidas. Un día que visitaron a una infeliz mujer enferma, viuda cargada de hijos, sin medios de subsistencia, después de socorrerla y consolarla con las palabras que en tales ocasiones se dicen, Moisés, ante el atónito Don Tomás, se acercó a ella, la miró fijamente durante unos largos minutos, y cuando ésta, desconcertada, trató de desviar la mirada, él, con voz grave y firme, le prometió:

- Mañana estarás bien y todas tus desgracias desaparecerán-. Y, como en

un rito mágico, puso sus manos, extendidas, sobre la frente de la mujer.

Mientras caminaban por la calle, el cura le recriminó su acción y lo calificó de loco.

- Esa mujer -le explicó Moisés-, no se halla enferma; está agotada, harta de vivir, deseosa de una muerte liberadora. Nada espera de este mundo que no sean sufrimientos y reveses. Si conseguimos que crea, que tenga fe en que va a lograr lo que desea, lo obtendrá..

- ¡Estás loco! ¡Estás loco! -exclamaba Don Tomás.

Pero, al día siguiente, la sorpresa del pobre hombre no tuvo límites cuando la viuda se presentó ante ellos y, sollozando, besó las manos de Moisés, como muestra de gratitud.

- Lucha, no desmayes, ni desesperes, y el mundo se rendirá a tus pies. -le aseguró Moisés.

- ¡Lucharé! ¡Lucharé! -gritaba la mujer, con una energía increíble y extraña.

El suceso se cundió, aumentando y corregido, por todo el suburbio. En busca de Moisés llegó una heterogénea multitud de enfermos y fracasados, que recibían de él impulso, energía, vitalidad, para emerger del mar de sus propias miserias, en las que se ahogaban.

- Esto es diabólico, herético -le reprochaba Don Tomás-; te vas a condenar. ¡Vade retro!

Moisés, sonriente, trataba de hacerle comprender el hecho.

- Yo sólo les despierto la fe; el resto lo ponen ellos. En cada persona existe un pozo inagotable de fuerzas capaces de transformar la realidad, si tiene la suficiente convicción y constancia.

- Pero los engañas: creen que haces milagros.

- ¡Qué más da! -replicó Moisés-. Realmente existe un milagro: el que ellos mismos realizan. Y hasta es posible que Dios, que estaba como maniatado dentro de cada uno, se desate y los ayude.

- ¡Qué barbaridad! ¡Qué barbaridad!

El prestigio y la fama del joven Moisés fueron creciendo. Por su iniciativa la gente se unió en tareas comunes, para embellecer el barrio; ideó formas de crear trabajo y ocupaciones, de mejorar las condiciones colectivas de vida. Construyeron escuelas, crearon bibliotecas, campos deportivos, parques, jardines, centros asistenciales, con sus propias manos y recursos o valiéndose de mil ingeniosos medios. Nadie se sintió extraño, todos formaron parte de una gran familia. En breve plazo el suburbio se había transformado en un lugar agradable,

seguro, acogedor, donde todo el mundo era amable, servicial, desprendido.

A los hombres públicos de la gran ciudad, no les pasó desapercibido el cambio de aquella zona, olvidada tantos años y convertida en vaciadero de detritus del bien alimentado centro y, sobre todo, de los despojos humanos de seres derrotados en inútil lucha. La nueva situación, para la izquierda, era una manipulación de la derecha, con el fin de arrancarles los votos de los antiguos desheredados; para ésta, por el contrario, un ensayo, financiado con subterráneos fondos, con el exclusivo objeto de minar los cimientos de la sociedad y democracia occidentales; para la jerarquía eclesiástica, una maniobra atea, destinada a desprestigiar la religión con falsos milagros y una interpretación heterodoxa de la doctrina.

El obispo retiró al cura caduco y torpe, recluyéndolo en un hogar para ancianos; la autoridad, que no encontró motivo legal para detener a Moisés, hizo que lo internaran en una casa de salud mental, a buen recaudo y con intensiva vigilancia, dada su peligrosidad.

.....

A los pocos años todo había vuelto a la normalidad. El arroyo corría, otra vez, con aguas contaminadas y pestilentes; la basura se acumulaba por todos sitios; las chabolas habían resurgido como una plaga; la gente estaba triste, desesperanzada y hasta pasaba hambre; los chicos, sucios, descalzos, harapientos, robaban al menor descuido, o se disputaban algún objeto encontrado entre los desperdicios... Mas los prohombres, antes inquietos y desasosegados, volvieron a dormir tranquilos y a preocuparse de los graves e importantes asuntos del Estado y del pueblo.

LA OTRA VIDA DE DON JUAN

I

En la historia de los individuos existen momentos cruciales, acontecimientos decisivos, irreversibles, que les otorgaron para siempre una peculiar imagen. A partir de ese instante, sin que nadie ni nada puedan evitarlo, son de una manera determinada, invariable, sin posible corrección. Por ello, más de una vez, al pensar sobre este hecho, nos hemos preguntado cómo hubieran sido aquellas personas -algunas casi míticas-, con sucesos distintos. Naturalmente que la respuesta es difícil y pertenece a la pura especulación.

En ocasiones, sin embargo, la realidad, más rica y fértil que cualquier imaginación, nos suele responder con todo género de detalles. Así ha ocurrido ahora, por simple suerte, al tropezar con unos manuscritos que desvelan la vida posterior, insospechada, de Don Juan. Porque aquel final conocidísimo, tal como nos ha sido contado y representado miles de veces, no aconteció así. El drama no fue drama, sino comedia con desenlace feliz. Vencidos los obstáculos, enamorados, sinceramente arrepentido Don Juan de sus calaveradas juveniles, se casó con Doña Inés y vivieron largos años juntos y tuvieron descendencia numerosa.

Esta es la breve historia de los años de matrimonio, narrados por los mismos protagonistas. De las Memorias de D. Juan y del Diario de Doña Inés, se han condensado, o entresacado, los contenidos esenciales, eliminando episodios sin interés y corrigiendo algo el estilo retórico de la época.